

Un día en los museos

Frederick A. Ober

Entre 1882 y 1885, Frederick A. Ober realizó en México tres viajes, el primero de los cuales le llevó a permanecer nueve meses en la región del sureste. Como producto de esta primera experiencia publicó en los Estados Unidos *Travels in Mexico and Life Among the Mexicans* en 1883. Una segunda edición, revisada y aumentada, apareció cuatro años después. En esta última, a su inicial narración de viajes, le agrega sus experiencias y conocimientos sobre los estados del norte de México colindantes con los Estados Unidos. Ober (1849-1913) fue un publicista norteamericano nacido en Massachusetts que por azares del destino también se dedicó a la ornitología así como a la escritura de libros de viajes, fundamentalmente relacionados a la zona de las Antillas.

En la segunda edición de *Travels in Mexico* —del que aquí tomamos algunos fragmentos relacionados con su visita al Museo Nacional—, Ober señala que él es el autor de los dibujos y fotografías que aparecen en el libro. Lo cierto es que en éste se publican por lo menos diez fotografías de Désiré Charnay, algunas más que muy probablemente pertenecen a Teobert Maler y otras que podrían ser de la autoría de Pedro Guerra, todas ellas por medio del grabado en madera. Evidentemente Frederick A. Ober era un viajero informado —a lo largo de su libro cita a muy diversos cronistas y estudiosos que le precedieron, difiere de ellos o los avala de acuerdo a sus propias experiencias—, aunque también ciertas afirmaciones lo hacen ver como un viajero prejuicioso e incluso que, ocasionalmente, echa mano de la ficción (en una foto de Charnay que aquí publica le agrega un animal salvaje al grabado —un oscuro felino— que no aparece en la obra original del fotógrafo francés: una forma de remitir al exotismo de los trópicos, una vez más). Lo que aquí publicamos corresponde al capítulo xvi de su libro, relativo a su fugaz visita al Museo Nacional, que debió haberse dado a principios de 1882.

[N del Ed.]

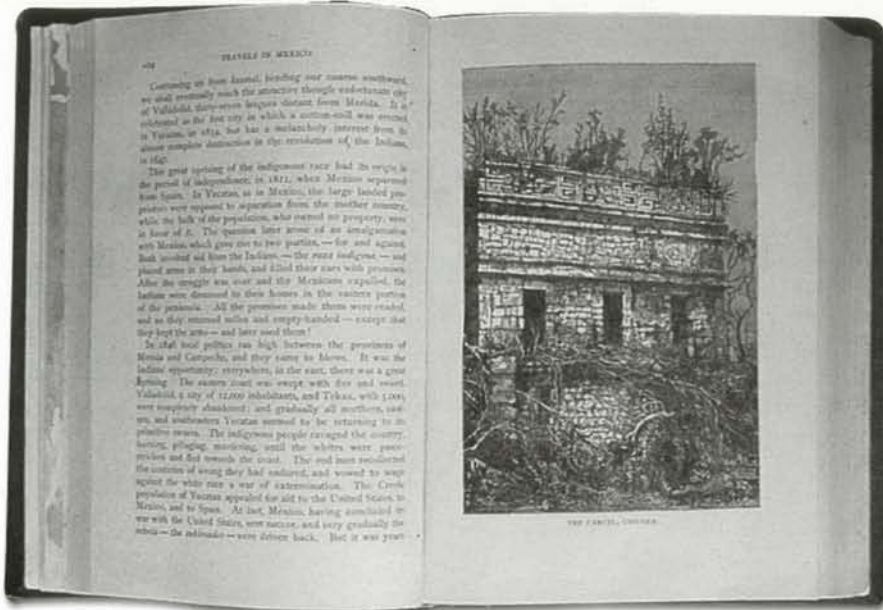
Fuente: Frederick A. Ober, *Travels in Mexico and Life Among the Mexicans*, Boston, Estes and Lauriat, 1887.

Traducción: Ernesto Priego

Uno siempre sabe a dónde ir en México en busca de evidencias de su civilización pasada, ya que siempre algún objeto muy antiguo asomará su cabeza en cada esquina. En un área del inmenso edificio conocido como el Palacio se ubica el Museo Mexicano, *El Museo Nacional*, en el cual están reunidos todos los descubrimientos arqueológicos. Entrando al patio uno ve, a través de una cortina de enredaderas, la famosa “piedra sacrificial”, ocupando el centro de un adorable jardín de flores; más allá y sobre ésta se yergue el alguna vez temido Huitzilopochtli, el gran dios de la guerra azteca; mientras que cada lado está flanqueado por una estatua, la primera, a la izquierda, obtenida en Tlaxcala, y la de la derecha en Yucatán. Un monumento indescriptible se levanta en la parte este del jardín, con ranas y serpientes de piedra aposentadas y enrolladas sobre su base; ídolos yacen desperdigados sobre el pavimento de los patios y en la maleza, y las imágenes de piedra y mármol, que poseen gran valor por su antigüedad y por la habilidad mostrada en su manufactura.

La inmensa piedra sacrificial sobre la cual, de acuerdo con los historiadores, miles de víctimas fueron ofrecidas, está desgastada y pulida por el clima; mientras que la estatua a la derecha —de Chac mool, el rey tigre, descubierto por el Dr. Le Plongeon en las selvas de Yucatán— está siendo cubierta por una decoloración pernicioso. ¡Pobre Chac mool! Permanecer enterrado por tantos años; ser desenterrado por un arqueólogo emprendedor, viajar a los Estados Unidos, pero finalmente descansar ignominiosamente en este patio, medio escondido por las plantas que le rodean, y ser sometido a la vegetación con la exposición a los elementos de los cuales había estado protegido por tanto tiempo.

Y Huitzilopochtli —un nombre dulce para enredarse bajo la lengua—, ¡por cuántos años ha parpadeado este venerable dios de la guerra bajo el sol del medio día, por cuántos años su enorme cabeza ha sido bañada por las lluvias de la tarde! Es probable que él, con los demás, obtenga una guarida cuando el museo esté listo para recibirle. Lo considero como la reliquia más interesante de la pasada era de idolatría, ya que se le menciona entre los primeros objetos que Moctezuma le mostró a Cortés cuando subieron juntos al templo. Veamos lo que el acompañante de Cortés, Bernal Díaz, dice sobre él: “Aquí habían dos altares altamente adornados con maderas ricamente cinceladas en el techo, y sobre los altares figuras gigantes representando hombres muy gordos. El primero



Páginas del libro de Frederick A. Ober, *Travels in Mexico and Life Among the Mexicans*, Boston, Estes and Lauriat, 1887. Col. biblioteca particular.

a la derecha era Huitzilopochtli, su dios de la guerra, con un gran rostro y ojos terribles. La figura estaba enteramente cubierta con oro y joyas, y su cuerpo atado con serpientes doradas; en su mano derecha sostenía un arco, y en su izquierda un manojo de flechas. El gran idolo había rodeado su cuello con figuras de cabezas y corazones humanos hechos de oro y plata puros, ornamentados con piedras preciosas de color azul. Ante el idolo había una charola con incienso, con tres corazones de víctimas humanas, que estaban entonces ardiendo mezclado con copal. Todo ese apartamento tanto paredes como piso, estaban manchados con sangre humana.”

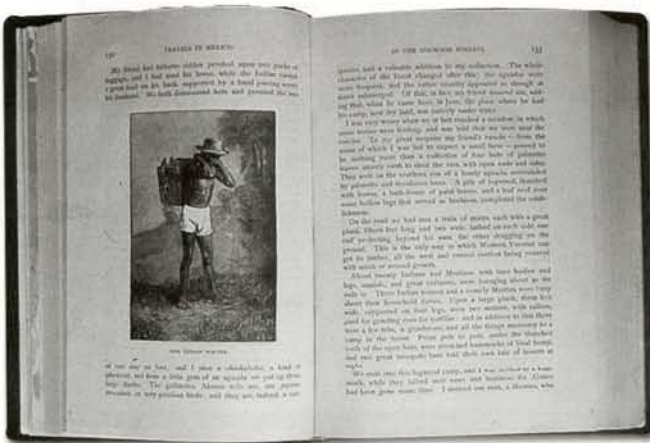
Una miscelánea de dioses, diosas y objetos de veneración sufren una suerte aún peor que las más grandes deidades, porque apiladas contra el costado del edificio, están expuestas a los rudos asaltos del hombre y las bestias. El establo de un caballo estaba ubicado en esa zona del jardín en la época de mi visita, muy cerca de estas antigüedades valiosas, y juzgando por la apariencia de algunas de ellas, el caballo

había expresado su preocupación pateándoles las orejas y las narices, y rompiéndoselas [...].

Este es un gobierno benevolente, y anima a los hombres estudiosos y científicos de todos los países a venir aquí y estudiar. Les abre sus vastos campos de tesoros arqueológicos, y dice “vengan e investiguen”; señala pirámides y cenotes, y les dice a aquellos hombres sabios de otras tierras: “vengan y escaven”; y luego se abalanzan sobre los descubrimientos de esos hombres sabios y los lleva al museo.

¿Y quién los puede culpar? Un anticuario no es como el hombre sabio que encontró un tesoro y fue directo a esconderlo; sino que él, en cuanto descubre algo de valor, aúlla con tanta autoglorificación que llama la atención de todo el mundo. Entonces, mien-

tra que el excavador está ausente, buscando la manera de sacar su tesoro del país, el gobierno entra y en silencio se lo lleva. Así se enriquece México. El gobierno es apático en lo que concierne a las ruinas y antigüedades —hasta que alguien encuentra algo, y se despierta inmediatamente—. Ni siquiera se reúne al-





Autor no identificado, *Piedra de los sacrificios en el Museo Nacional, ca. 1900*. Sinafo-Itani, núm. de inv. 180697
 Abajo: Frederick A. Ober, *Travels in Mexico*, 1887

rededor de los monumentos, menores y mayores, que descansan desperdigados por los campos.

Un caso similar ocurrió en el verano de 1881. El *Chicago Times* envió una expedición a México con el propósito de excavar monumentos enterrados. El capitán Evans, que dirigía la expedición, estuvo aquí por dos meses, y durante ese tiempo no descansó. Encontró en Texcoco, la antigua capital del arte y la civilización antes de la conquista, una “piedra calendario” —o la mitad de una— de unos cinco o seis pies de largo y tres o cuatro de ancho. Esta piedra había sido descubierta unos seis meses antes por el pobre hombre que era dueño de esa tierra, pero nadie en la Ciudad de México supo de ella hasta que el capitán Evans lo anunció. Es una escultura valiosa, pero el gobierno mexicano no quiere hacer ningún intento por resguardarla. Esperará hasta que alguien menos precavido que Evans venga, se la compre al propietario, intente llevársela, y cuando llegue a una vía ferroviaria camino a México, será silenciosamente llevada al museo, donde permanecerá. Hay una pequeña colección de alfarería que nos recuerda de los abusos de un arqueólogo en México —uno que llegó con bombo y platillo, pero que dejó el país sin casi nada de alfarería [...].

Pero basta de la historia de esta institución, aunque es necesaria para un mejor entendimiento de sus colecciones. Solamente hemos echado una mirada sobre éstas, ya que describirlas requeriría el espacio de un volumen dedicado especialmente a antigüedades. Es hasta recientemente que han sido catalogadas, y que el estudiante puede conocer el *local* de muchos de los objetos históricos más raros del continente americano.

La más celebrada de estas antigüedades ha sido ya mencionada, la piedra sacrificial, y la imagen del dios azteca de la guerra, Huitzilopochtli. En cuanto a éste, que su imagen hable por él, no se sabe cuándo se esculpió, pero se sabe que fue encontrada enterrada en la gran plaza, en 1790, y que fue enterrada de nuevo, por miedo de que pudiese tentar a los indios a volver a su antigua veneración, pero fue de nuevo exhumada en 1821. Se han tenido discusiones inútiles con

respecto a si se trata de Huitzilopochtli o Teoyaomiqui, diosa de la muerte. No importa, la estatua era venerada, ríos de sangre han corrido frente a ella, y hombres y mujeres inocentes fueron muertos en su presencia, ya que los corazones de las víctimas humanas se mantenían ardiendo en su altar noche y día.

